

262

Aseguran mujeres de experiencia
que, si ellas saben algo, es por curiosas,
pero que nunca pasará su ciencia
de deletrear las cartas amorosas.

263

¿Oyes, Concha, los céfiros alados
que agita tu abanico en derredor?
Pues todos son suspiros ó recados
que te manda al oído

CAMPOAMOR

SEGUNDA PARTE

1

Al mover tu abanico con gracejo
quitas el polvo al corazón más viejo.

2

Como el viento continuo, no es sentida
la eterna pesadez de nuestra vida.

3

Si pienso en ti, fatigan mi deseo
mil pensamientos vanos,
y, sin saber por qué, cuando te veo
contengo el corazón con ambas manos.

4

Aunque es tu gran belleza
para mí inaccesible,
te quiero, vive Dios, con la firmeza
de un mártir de la fe de lo imposible.

5

Se van dos á casar de gozo llenos:
realizan su ideal: ¡un sueño menos!

6

De todo lo visible y lo invisible
crees sólo en el amor, que es lo increíble.

7

En la aurora feliz de tus amores,
sólo querías el dinero en flores;
mas, después que pasó tu ardor primero,
sólo quieres las flores en dinero.

8

Piensa sólo en amar y en ser amada.
El amor es lo que es; lo otro no es nada.

9

Te he visto no sé dónde, ni sé cuándo.
¡Ah! Sí, ya lo recuerdo; fué soñando.

10

Las hijas de las madres que amé tanto,
me besan ya como se besa á un santo.

11

Es tal la idolatría
con que quiere el destino que te quiera,
que creo que te tengo, Carmen mía,
la ceguedad de la pasión postrera.

12

A pesar de mis días,
como yo te amo á ti, no amó Macías.

13

Me dicen que es un diablo; mas recelo
que este diablo, al caer, se trajo el cielo.

14

Lo que yo te decía:
os casasteis, y luego,
si él te amó hasta la víspera con fuego,
tú amaste más desde el siguiente día.

15

La mujer más estulta
¡con qué artificio el artificio oculta!

16

Siempre es algún consuelo
que un marido, por serlo, gane el cielo.

Hombre, no temas al infierno tanto,
que el pecador, cuando se casa, es santo.

17

Fernanda, pienso en ti con tal empeño,
que si duermo, no duermo: ¡engaño al sueño!

18

Me han hecho sufrir tanto, que he dudado
si el amor será un odio disfrazado.

19

La ambición desencanta de tal modo
que á mí ya no me extraña
que en salud, en amor, en paz y en todo
tenga envidia el palacio á la cabaña.

20

Tanto es lo que te quiero,
que el cetro puse en ti del mundo entero.

21

Sin la fe, la conciencia es un abismo,
y el peor compañero es uno mismo.

22

Bendice, al mismo tiempo que san Pablo,
los matrimonios por amor, el diablo.

23

Al verse tan gentil, ¡con qué embeleso
se da á sí misma, en el espejo, un beso!

24

Serás feliz, si metes con prudencia
en un saco el amor y la conciencia.

25

Con valor sin segundo,
un abismo salvé tras otro abismo;
y, aunque de todo me salvé en el mundo,
nunca pude salvarme de mí mismo.

26

Aunque muy poco á poco,
ya llegué al gran saber: ¡Sé que estoy loco!

27

Todo galán, desde que ve ese talle,
es parte de una esquina de tu calle.

28

Al pasar por delante
de un espejo en que alegré se miraba,
dije al ver junto al mío su semblante:
¡Cómo empieza la vida y cómo acaba!

29

No es raro en una almohada ver dos frentes
que maduran dos planes diferentes.

30

Es tan buena mujer, que he comprendido
que nunca hará feliz á su marido.

31

Después de bien pensado,
fué mi tiempo perdido el más ganado.

32

¡Maldito mal el mío!
Si puedes, huye de él: se llama hastío.

33

Las niñas rezadoras que yo trato
nunca piden á Dios el celibato.

34

Es tan cierto el candor de tu belleza,
que ocultas sólo el alma en tu franqueza.

35

Con su novio formó un itinerario,
y, casada después, siguió el contrario.

36

De su paz envidioso,
al ver á un muerto, digo:—He aquí un dichoso.

37

¡Todo pasa, lo mismo que las rosas,
los hombres, los imperios y las cosas!

38

Hay falsas que, mandando en sus sentidos,
no se olvidan de sí, ni en sus olvidos.

39

Eres con ellas tan audaz, porque eres
un hombre que conoce las mujeres.

40

Para verte, parece que á tu lado
admiradas las horas se han sentado.

Cuida tus gracias en la edad madura,
cual si fueses tú misma tu muñeca;
que el tiempo se prendó de tu hermosura
y ante ti se paró como un babioca.

41

Más bien que un enfermero,
hay quien cree que un marido es un loquero.

42

Ya decía mi abuela
que el amor es un ser endemoniado,
que lo mismo que á un diablo exorcizado
la bendición nupcial le espanta, y vuela.

43

Si como hombre no sé lo que prefiero,
como un niño sé bien lo que no quiero.

44

—¡Amame más!...—la niña le decía.
Pero él:—¡Si es imposible!...—respondía.

45

Ya ni quiero ni puedo
volver á unir tu corazón al mío,
porque me causa miedo
más que un sepulcro lleno, otro vacío.

46

A pesar de lo mucho que te quiero,
no me mato por ti, pero me muero.

47

Saben bien los amantes instruídos
que quieren decir *sí* tres *nos* seguidos.

48

Cree, piadoso lector, lo que te digo:
con todo estoy en paz menos contigo.

49

Cual si untasen los ojos con beleño,
el oficio de esposo es dado al sueño.

50

Como es tan importante lo que te hablo,
nos viene á oír desde el infierno el diablo.

51

Renuncio á hablar de ti, porque no creo
que podría imitar, aunque quisiera,
á Petrarca y á Herrera,
que cantan el amor sin el deseo.

52

¡Ay del que, amando como yo, no alcanza
más amor que el amor sin esperanza!

53

Es misterioso el corazón del hombre
como una losa sepulcral sin nombre.

54

Todo la duda y la razón lo miran.
La fe y el corazón todo lo admiran.

55

Ya sé que fuí, por más que ella lo olvida,
el grande amor ochenta de su vida.

Ayer se ha disipado
la más grande y más pura de mis glorias;
pues, por cierto descuido, me he enterado
que hago el número diez de sus memorias.

56

Como si fuese un leño,
ya es, tenderme á dormir, mi único ensueño.

57

Pronto ha de ser este galán tan tierno,
cual todo esposo, un disidente eterno.

58

Soy un hombre tan necio,
que defendo mi vida, y la desprecio.

59

Tanto es lo que te quiero,
que, aunque amarte es morir, te amo y me muero.

**

El fin de mis desdichas es sabido:
sé que te olvido ó muero, y no te olvido.

60

Sólo para quererte
voy robando unos días á la muerte.

**

Aunque morirme quiero,
por no olvidarme de tu amor, no muero.

61

Cuenta el amor, muy bajo, á las mujeres,
que hay un deber contrario á los deberes.

62

¡Ay de aquel que ya tiene en esta vida,
excepto para ti, la fe perdida!

63

En la hoja en que te escribo este «te quiero»,
siento el perfume de mi amor primero.

64

¡Huid, maldito enjambre
de ideas locas que mi frente esconde,
pues, como dice Franklin, no sé dónde,
«quien vive de esperanzas, muere de hambre»!

65

Si sufres, ten paciencia: ese es tu sino.
Toda hermosa es un mártir del destino.

66

Sé natural, que es, además de hermosa,
la gran naturaleza una gran cosa.

67

La fuiste á secuestrar, y, ya casado,
eres tú, más bien que ella, el secuestrado.

**

¡Cuánto desventurado
hay que cree conquistar y es conquistado!

68

Por ti mi corazón cayó en la cuenta
de que hay fiebres de amor á los sesenta.

69

Dondequiera que voy, hace el destino
que te halle casualmente en el camino.

70

Esa mujer que miras de pasada,
jamás, después de vista, es olvidada.

71

Como un gran abogado, esa perversa
hace blanco lo negro y viceversa.

72

¡Qué olvidos tan extraños!
Al verte no me acuerdo de mis años.

73

Hay rubias, como tú, tan verdaderas,
que, al esparcir el día sus destellos,
parece que las mismas hechiceras
cortan rayos del sol con las tijeras
y después os los ponen por cabellos.

74

Hay quien da vuelta al mundo, y luego exclama:
—Para nuestra alma el mundo es lo que se ama.

75

El santo matrimonio nos aterra
después que hemos sabido
que, en las luchas civiles, el marido
es quien paga los gastos de la guerra.

76

Sólo á mi amor has dado
un instante de gloria;
mas juro que, sujeto á mi memoria,
jamás caerá ese instante en el pasado.

77

Al salir á la calle las ideas,
son del incendio popular las teas.

78

Lleva siempre en la frente lo que se ama,
como Moisés, un resplandor de llama.

79

¿Dudas de mí? Teniendo tantas hechas,
no es raro que un ladrón tenga sospechas.

80

¡Cuánta mujer que marcha al casamiento,
da en la calle, en el río, ó en el convento!

81

Te dije el fin de las amantes glorias
que conseguir anhelas;
casarte como en todas las novelas,
y hartarte como en todas las historias.

82

Aprende, niña bella,
que tan sólo es dichoso el que no olvida
que, aunque no hay nada inútil en toda ella,
no hay cosa más inútil que la vida.

83

Con bondad é inocencia,
hermosura y talento,
Teresa, Dios hará que en tu existencia
siga siempre alumbrando tu conciencia
la ley de tu divino pensamiento.

84

Si en hacerla feliz tenéis empeño,
tomad la realidad y dadla el sueño.

85

Si tan niña, eres ya la criatura
más linda que el amor ha conocido,
¿qué será cuando el tiempo y la hermosura
den tu cuerpo á las gracias concluído?

86

El hombre suele hacer todo lo bueno
por la mujer que le llevó en su seno.

87

María, es, además de sentimiento,
tu mirada una luz con pensamiento.

88

Desde que vi, Mercedes, tu hermosura,
el quererte es mi ramo de locura.

89

Gertrudis, pido al Dios omnipotente,
con el más vivo anhelo,
que pasen las tristezas por tu frente
como pasan las nubes por el cielo.

90

Pasando, indiferente, por mi lado,
no le importa á la infiel que ya no la ame;
aun no ha sentido, como yo, esa infame
el tormento de odiar lo que se ha amado.

91

Al ver al mundo entero
vagar sin norte y con la fe perdida,
siento por él ese dolor sincero
que siente por su enfermo el enfermero
en el último instante de su vida.

92

Al final de la orgía
siente ella pesadumbre, y él bostezo;
que en amor, ya agotada la alegría,
se queda cada cual con su tristeza.

93

Te adoré el primer mes; pero al siguiente
ya era un frío deber su amor ardiente.
¡Paciencia! Hoy como ayer y ayer como antes,
nace y muere un amor en dos instantes.

94

A fuerza de burlar y ser burlado
se adquiere este secreto:
que el hombre es un perfecto condenado
y la mujer un ángel incompleto.

95

O lánzame al horror del fuego eterno,
ó elévame del goce al alto emporio;
pues tu amor, que no es cielo ni es infierno,
jamás deja de ser un purgatorio.

96

Van y vienen, por sitios alfombrados
con hojas de los árboles caídas,
la grey de engañadores engañados,
unas cuantas esposas aburridas
y otros tantos maridos fastidiados.

97

Son iguales, Leonor, nuestros destinos;
morirás como yo, de mal de amores,
porque siempre, y en todos los caminos,
tu corazón asaltarán, traidores,
el tedio y el placer: dos asesinos.

98

Si algún César triunfante
te viera desde el fondo de su gloria,
podría ese lunar de tu semblante
hacer variar el curso de la historia.

99

¡Qué bien llevas los años que han pasado!
Y los míos, Pilar, ¡qué bien los llevo!
¡Recuerdas cuántos son? Yo lo he olvidado.
Sólo á indicar me atrevo
que, desde el tiempo viejo en que te he amado,
barrió el polvo de un siglo un aire nuevo.

100

Sólo recuerdas de tu edad pasada
lo que hubo de infeliz en tus amores.
¡Qué quieres, prenda amada!
El dolor nos recuerda otros dolores,
pero un placer no nos recuerda nada.

101

Todavía, perjura,
mi corazón se goza en la amargura
de tus falsos amores,
como una sepultura
que, con restos de un muerto, cría flores.

102

Fué inútil nuestro afán; no hemos logrado
reavivar tus ardores ni los míos,
porque el amor y el agua de los ríos,
no vuelven á pasar si ya han pasado.

103

Al ver hoy tan erguido
al galán que vió ayer tan humillado,
el mundo ha conocido
que llegó para ella el bien perdido
llegando para él el bien logrado.

104

¡Aunque no suele enardecer su pecho
el calor de la fe,
pasa la vida en lágrimas deshecho,
envidiando al que cree!

105

Pasando de la pena á la alegría,
nuestra alma es el retrato
de esa móvil campana que en un día
toca á boda, á agonía,
á oración, á bautizo y á rebato.

106

Un rizo de tu rubia cabellera
es la gloria mayor de mi destino;
si como hecho es un trapo una bandera,
como idea es un símbolo divino.

107

A eterna fe nuestra alma condenada,
los que no creen en Dios creen en la nada.

108

Me dijo «sí» con tan discreto modo,
que no lo oyó ni Dios, que lo oye todo.

109

No deja verte bien ni un solo instante
la inundación de luz de tu semblante.

110

Como van las malditas experiencias
nuestra alma invalidando,
en cada año que pasa voy echando
una pata de palo á mis creencias.

111

La novedad del día en las ciudades
es la cola del perro de Alcibiades.

112

Hay quien tiene ictericia
de soñar que le ahorca la justicia.

113

¡Dichoso el que no olvida
que no se halla ventura
si, á una conciencia pura,
no se une la esperanza de otra vida!

114

En cualquiera mujer, reina ó pastora,
se encuentra alguna cosa encantadora.

115

Soy en pensar que me amarás un día
el ciego que soñaba que veía.

116

Si en la senda del mal te ves perdida,
no sigas adelante.
Para volver al bien en esta vida
todo momento es el supremo instante.

117

Me dijo, al verme triste, una chilena:
—Siempre hay una mujer junto á una pena.